

## CAPÍTULO I

### LA PATA DE PALO<sup>1</sup>

AUNQUE CAPRICHOSSO, JUSTO ES EL DESTINO...

Sólo, pendenciero y temerario, blandiendo sus insomlencias a la muerte, don Blas llegó a la destruida batería de Santiago. Empuñaba su espada y oteaba el horizonte. Lo invadía una sensación de triunfo a pesar de la caída de ese fortín que significaba perder la defensa por tierra.

La tarde apretaba con incandescentes sofocos. Ni siquiera el viento a ráfagas, por estar preñado de humedad, podía atenuar el asfixiante calor. Las resolanas, que permitía el cielo encapotado, hacían de la claridad un elemento ardiente al contacto con la piel desnuda. Los truenos lejanos que anunciaban lluvia, se confundían con las apagadas explosiones provenientes de los barcos malheridos que se retiraban del escenario con parsimonia, después de la lucha

---

<sup>1</sup> 24 de agosto de 1704; Blas de Lezo: 17 años. Escalafón: Guardiamarina – Real Marina Francesa – Luis XIV. Fuerza combinada franco-española – Guerra de Sucesión. Nave de Línea: Foudroyant “Soleil Royale” – La Royale (104 cañones). Sitio: Vélez – Málaga (mar Mediterráneo español). Misión: contra atacar la fuerza invasora inglesa afincada en el peñón de Gibraltar. Resultado: pérdida de la pierna izquierda – Triunfo táctico de las fuerza aliadas anglo-holandesas.

mortífera que habían librado con la batería española. El bosque de arboladuras inglesas, ordenadas en formación de ataque, visibles hasta la pérdida en el horizonte, allí en donde el cielo y el mar se vuelven uno, eran mudos espectadores de un triunfo pírrico. El humo, de lo que todavía ardía, reinaba en el lúgubre escenario, aunque irrumpiendo algún estallido repentino causaba un nuevo sobresalto. Sólo había una hegemonía: un silente caos, salpicado de sordas detonaciones. Tal parecía que las jaurías de fieras enfrentadas, maltrechas, se habían retirado de la liza<sup>2</sup> a lamerse las heridas.

Se giró y vio cómo se perdía la figura de Teresa ocupando la cabalgadura de un corcel negro azabache. La bella joven que allí había irrumpido ajena a toda sensatez, iniciaba un brioso galope, dejando ver, sin recato, como se alborotaba con el viento su lengua cabellera.

Era inminente un desembarco enemigo. Patapalo lo sabía. El primer momento de guerra había salido muy caro a los ingleses y la pérdida de dos de sus más importantes navíos, al menos los que con su ojo bueno podía divisar, era una clara advertencia para el invasor.

Disfrutando de las ironías que a veces brinda la guerra, sonreía. Su desafiante figura erguida sobre un tablón tendido en las ruinas del emplazamiento militar derrotado, era para los británicos la personificación del mismo demonio.

*Toc... toc... toc...*

Blas de Lezo hizo retumbar su pata de palo, después, alzando su espada en dirección al enemigo, gritó en su idioma natal:

—Vernon, ahora ya sabes lo que es ir cojo. ¡*Jainkoak lagun zaitzala tormentua jasatera!*<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Liza: sitio dispuesto para el combate. Campo de batalla.

<sup>3</sup> Traducción del euskera: ¡Dios te ayude a soportar el suplicio!

Una tempestuosa ráfaga silbante sopló haciendo flaquear su capa negra y mientras permanecía inmóvil con su sable en lo alto, volvió a sonreír y su expresión pronto se convirtió en una sonora y siniestra carcajada. Un fulgurante rayo solar, que abriéndose paso por entre las algodonosas nubes grises, iluminó su cara cruzada por un parche negro que cubría su ojo tuerto. Por segunda vez taconeó...

*Toc... toc... toc...*

Volvió su rostro hacia uno de los barcos enemigos averiados que era remolcado con lentitud. Con su arma envainada en el cinto, tomó el catalejo y buscando detalles del barco herido, se encontró con la figura de un hombre que desde la cubierta también a él le miraba. Cuando el inglés tuvo la certeza de tener al frente, nada menos que a don Blas de Lezo, sobresaltado bajó su lente. En ese momento Patapalo pudo ver su cara, era el inglés vicealmirante Vernon, sus ojos le parecieron conocidos; por un instante vio cómo le lanzaron un cegador destello. Sintió que con ese hombre en particular, además de todo, había una cuenta por saldar. El almirante Patapalo recordó que la vida compensaba, a veces, con severa justicia, pues además era ese el portentoso navío inutilizado, el Norfolk<sup>4</sup>, del que hacía muchos años había salido el proyectil que lo había condenado a cojear por el resto de sus días.

*Toc... toc... toc...* Se pronunció su pata postiza de nuevo, pero esta vez, como si el sonido de su "*anka motz*"<sup>5</sup> lo hubiese transportado a otro momento de su vida, borrando la sonrisa de sus labios, recordó...

---

<sup>4</sup> No se conoce a ciencia cierta el nombre del barco enemigo del cual se disparó la bala que le cercenó su pierna izquierda. Este navío, el Norfolk si participó en esa batalla no siendo improbable que fuera el responsable.

<sup>5</sup> *Anka Motz*: (del euskera) pata corta, pata mocha.

*En Europa, treinta y siete años atrás...*

—¡Timón a la orza! ¡Timón a la orza! —Lezo, el joven guardiamarina, hizo eco de la orden del capitán.

—¡A cubierta... a cubierta! ¡Colisión inminente! ¡Colisión por la amura de babor! —vociferó frenético el contra maestre.

Un brillante y amarillento resplandor, seguido de varios relampagueos iluminó la densa nube. Nacían en el banco de niebla artificial que se había formado por la humareda, que a ras del agua encajonaba el *Foudroyant* (la *Royale*), nave capitana de flota hispano-francesa.

¡*Crashh...*! ¡*Buumm... Buumm... Buumm!*

—Todos a su cañón —gritó el capitán.

Con sangre fría, el experimentado marino Víctor d'Estrées, sin perder el tipo, esperó que el monumental barco de ochenta cañones girara, mientras recibía los impactos de las bocas de fuego de una mole flotante de casi igual tamaño, que enarbolando los estandartes ingleses, se acercaba con mucho peligro. La flamante e impetuosa figura del navío de guerra enemigo aparecía entre el humo negro cargado de hollín. A bocajarro les disparaba inmisericorde y siguiendo un curso a ciegas, embistiéndoles, se les abalanzaba.

D'Estrées, viejo lobo de mar, impertérrito y paciente, cuando vio que había esquivado el golpe, volvió a gritar:

—¡Amollar el velamen! —los curtidos telares que habían sido recogidos en la anterior maniobra, dando un sonoro gualdrapazo<sup>6</sup>, cayeron de inmediato.

Los marinos culebreando entre si, en un frenético pan-

---

<sup>6</sup> Gualdrapazo: golpe que dan las velas de un buque contra el mástil y las jarcias. Las jarcias son el conjunto de los aparejos y cabos de una embarcación.

demónium, enervados ante la presencia de su majestad la muerte se dispusieron a repeler la acometida temeraria y sorpresiva del barco de la flota anglo—holandesa que les interceptaba frente a la bahía de Vélez, Málaga. Les cortaban el paso que llevaban para reconquistar Gibraltar. El estruendoso cañoneo provenía de la nave inglesa. El barco francés no disparaba. La disciplina se mantenía a pesar de los letales impactos en cubierta. Las balas inglesas, con fatalidad, habían herido a dos marinos que gritaban de dolor y miedo ante la presencia inminente de la dueña y señora del lugar, la parca, que los quería cobrar para su propio bote.

—¡A babor! ¡Fuego!

*Buumm... Buumm... Buumm...*

La maniobra audaz fue efectiva. Las pesadas balas alcanzaron la cubierta del enemigo, barriendo algunos de los combatientes. Por un momento flanqueado, en respuesta, un cañonazo inglés descuajó la botavara<sup>7</sup> y la vela cangreja<sup>8</sup>, en el mástil de mesana<sup>9</sup>, quedó flameante y encendida en furiosos fuegos.

—¡Lezo a popa! Apagadlo... que no se propague o estaremos perdidos —gritó desgañitándose el joven Louis de Bourbon, conde de Toulouse, comandante en jefe de la escuadra combinada franco española. El aprendiz de marino dejó su puesto de comandante de artillería de un grupo de cañones que le habían encomendado en el puente más alto. Esquivando múltiples obstáculos, corrió presuroso ante la orden del superior. El pesado barco siguió girando y quedó en mala posición al mostrar la popa al enemigo que tenía un

---

<sup>7</sup> Botavara: palo horizontal de la popa que sostiene la vela cangreja, asegurado en el mástil más cercano.

<sup>8</sup> Cangreja: vela de forma trapezoidal colocada en el plano longitudinal del buque, en la popa.

<sup>9</sup> Mesana: mástil situado hacia la popa en las embarcaciones de tres palos.

magnífico punto de disparo por la aleta de estribor. Una granizada de proyectiles de mosquete salió del barco inglés. Además, tres pesadas balas impactaron en el francés. El mástil de mesana, aunque sin caer, se inclinó peligrosamente lanzando al agua a los marinos de la cofa<sup>10</sup>. Otra bola de hierro impactó en la borda derribando a dos hombres, que mutilados sólo emitieron un sordo gemido antes de morir. Cuando esa misma mortífera masa férrea rebotó en los sólidos herrajes de la base del mástil de popa, alcanzó a rozar la pierna izquierda del joven Lezo. Sintió un foganazo y creyendo que sólo había sido una banal rozadura, se incorporó para dar auxilio a sus compañeros caídos, pero cuando quiso apoyar el pie herido, éste destrozado, no le respondió; sangraba con profusión, no le dolía. La acusada pérdida de sangre lo debilitó. Sacando fuerzas de donde no tenía, intentó atarse con un trozo de los harapos que rasgó de su pantalón. Moisés, un joven compañero, le auxilió. Con el torniquete apretado paró la hemorragia y no murió. En ese momento no sentía dolor. Apoyado en una improvisada muleta hecha con un trozo de madera, caminó renqueante y se asomó a la borda. Para su fortuna, el fuego en el velamen, milagrosamente, se había ahogado por sí solo. Tenía que volver, sabía que la herida era grave y empeoraría si no recibía atención inmediata. No le dolía, eso era extraño, miraba su pierna que exponía un trozo de hueso fracturado; no obstante el mal aspecto, no había sensación de dolor.

El barco inglés, de nuevo, se aproximaba con peligro. Cuando Lezo se disponía a abandonar el sitio, con el rabillo del ojo pudo ver cómo el enemigo estaba a punto de lanzar los garfios de abordaje. Como si fuera un

---

<sup>10</sup> Cofa: plataforma ubicada en lo alto de los palos de un barco. Sirve como puesto de observación, para, facilitar la maniobra de las velas y anti-guamente para hacer fuego desde allí, en los combates.

reflejo más de su propia humanidad, con el mosquete que empuñaba en la mano que se apoyaba en Moisés, el compañero que le auxiliaba, disparó y sin apoyo, perdió el equilibrio y cayó al suelo, pero alcanzó a uno de los intrépidos guerreros británicos que herido y gritando cayó al agua. Un segundo marino se enganchó y deslizándose por el cabo, abordó el barco francés. Resuelto a matar al joven defensor, lo atacó con un largo cuchillo, pero Lezo haciendo un rápido movimiento, esquivó el filoso estilete que se clavó en el suelo. La suerte le acompañó porque el atacante se resbaló y quedó cara a cara con el valiente guardiamarina. Lezo lo tomó por el cuello y con un rápido movimiento de gracia, lo mató. Moisés quien lo había ayudado a sostenerse en pie, quedó sorprendido con la habilidad de su compañero. Cuando el tercer invasor llegó, se enfrentó a una jauría de franceses y españoles enardecidos.

Como pudo, con la enjundia del valiente, se incorporó apoyándose en la baranda de la borda. Miró hacia el barco enemigo que estaba a muy corta distancia, a punto de colisionar. Sus ojos se encontraron con la figura de un joven oficial inglés, que valiente e irreverente con el peligro permanecía al otro lado, también, en la baranda de su navío. Impregnado por una fuerza extraordinaria, con ímpetu, sin dolor por la herida en su destrozada pierna izquierda, Lezo, con la mirada torva y el ceño fruncido, alzó el dedo índice derecho en señal de admonición, sellando así, con aquel joven oficial inglés, Edward Vernon, que desde la cercana borda del barco enemigo lo miraba fijamente con expresión adusta, una venganza, un conjuro de fuego. Sus ojos parecían disparar centellas. Uno al otro se quedaron, para siempre, con la cara de aquel enemigo. Los caprichos del destino los volvería a juntar, muchos años después, para saldar y resolver sus pendencies.

El capitán del *Norfolk*, el admirable barco inglés, desistió de su osada empresa ya que la nave francesa, escorándose peligrosamente a estribor, malherida, se colocó a suficiente distancia para evitar el abordaje. El heroico marino vasco perdió la conciencia cuando recibía el auxilio de sus compañeros. Los barcos maltrechos se alejaron en tablas.

—Monsieur Lezo, ha sido muy valiente. Nos ha salvado del enemigo. Estamos en deuda... *Oui monsieur*, por vuestra valentía —dijo el mariscal de Francia D'Estrées, mentor del joven conde de Toulouse.

—El rey lo sabrá, monsieur —agregó el joven Comandante en Jefe.

Blas, volvía de una prolongada inconsciencia. Ya no había ruidos de cañones y sólo eran perceptibles los quejidos de algunos heridos desparramados en mesas y camillas en aquella parte del buque en donde el del cuchillo y la segueta es el que manda. Le rodeaba además del comandante y del veterano mariscal, el contramaestre y, claro, el dueño del sitio: el cirujano. Le manifestaban su gratitud. Se había enfrentado y matado a dos enemigos cuando ya estaba mal herido en su pierna. No sabían cómo decirle que era necesario terminar de amputarla. Con perspicaz mirada, Lezo leyó en el rostro de sus mayores, y por la presencia de monsieur Lagarde, cirujano de abordó, que algo grave estaba ocurriendo. Percibió con mayor intensidad el dolor en su pierna. Miró la sábana que le cubría de cintura hacia abajo. La mancha de sangre en el trapo blanco se lo recordó. Cerró los ojos y después dirigiéndose al dueño de la navaja, dijo:

—Señor, lo que sea necesario.

Le entregaron un bojote de cuero:

—Muerda esto —se lo colocó entre los dientes y miró al mariscal. El alto oficial y el joven miembro de la



nobleza francesa dejaron escapar un par de lágrimas. Blas sacó de su boca el pequeño atadizo de cuero y dirigiéndose al comandante dijo con voz entrecortada, con los ojos vidriosos pero sin soltar lágrimas:

—¿Podré ser marinero?

—Ya lo eres.

—Pero, ¿podré seguir siéndolo?

—No lo sé... Lezo, por ahora ya eres un héroe —le contestó De Bourbon.

El guardiamarina volvió a morder la bola de cuero. El cirujano, con resolución y destreza, comenzó a seguetear por debajo de la rodilla izquierda. Blas de Lezo, apretando los dientes, cerró los ojos con fuerza y ni siquiera lanzó un gemido. El dolor lo dejó inconsciente. Para su fortuna no vio como el muñón de su pierna malograda, para cauterizarla y parar el profuso sangrado, se hundía en una marmita de brea caliente.

...

Volvió de su recuerdo europeo, allende los mares, cuando Lorenzo Alderete quien, en protección de su mayor jerárquico, había retornado al sitio buscando al Almirante. Lo tomó del brazo que empuñaba la espada. Don Blas dio un ligero brinco hacia atrás, pero pronto, con la visión de su subordinado, se recobró de aquel sobresalto.

—Don Blas, debemos irnos.

El almirante Patapalo, todavía sumido en el recuerdo, evocó aquella ardiente sensación, esa que sintió cuando despertó de aquel trance, el que fue su bautismo de fuego. El pegajoso líquido negro en ebullición que se había secado en el muñón de su pierna ausente, le causaba un dolor insoportable. Pero fue la primera vez, de muchas veces, que se burló de la muerte. Le sobrevino, entonces de nuevo, un agudo dolor, fantas-

mal, en un pie que ya hacía muchos años no tenía. Al intentar dar un segundo paso, trastabilló, cojeó más de lo habitual. Lorenzo lo tomó del brazo para no dejarlo caer. Lo rescató del recuerdo plagado de amargo delirio. El Almirante lo miró esbozando una sonrisa en señal de gratitud por el gesto protector. Sumiso asintió con la cabeza y continuó cabizbajo. De pronto se detuvo y sin apartar su mirada del suelo dijo:

—¡Ingleses, lo habéis pagado caro! ¡*Badakizue zein den prezioa!*<sup>11</sup>—vociferó.

Cuando terminó de decirlo, se giró hacia el enemigo alzando de nuevo al cielo su espada guerrera. Al momento volvió a caminar con la cabeza, otra vez, gacha y musitando agregó:

—Todos los cañones enemigos no son capaces de hacer más estragos que tus centelleantes ojos, Teresa.

---

<sup>11</sup> Traducción del euskera: ¡Ya sabéis cuál es el precio!